

## La despedida

No había muerto nadie, pero el pueblo parecía estar de luto, y lo que menos deseaba yo era tener que vivir esas horas tan tristes. Todos venían a despedirse a la casa grande, la casa en la que iba a dejar atrás los recuerdos de mi infancia.

Era el mes de agosto de 1985. Tanto había deseado que llegase ese día que, cuando llegó, me hice un lío de sentimientos y tuve sensaciones que no había tenido nunca.

—¿Pensarás en nosotros cuando te hayas marchado? —preguntaba mi abuela, mi querida y dulce yaya.

Se me humedecieron los ojos, pero no le contesté. Solo le sonreí y bajé tímidamente la mirada. De repente, la voz de una niña me llamó.

—¡Laila, Laila! —Era mi vecina, Hakima, que tenía un año más que yo—. ¿Es verdad que te vas a Hispania\*?

—Pues sí —contesté orgullosa.

—¿Y volverás? ¿Cuándo volverás? —me preguntó la inocente Hakima.

No me había parado a pensar en eso. De hecho, ni se me había pasado por la cabeza volver.

—No lo sé, Hakima. Quizá no vuelva nunca. En Hispania estaré muy bien. Tendré todo lo que quiera: juguetes, ropa nueva, zapatos, faldas... Allí todos tienen mucho dinero, ¿sabes? —repliqué mientras volvía la cabeza y me daba media vuelta, dejando a la pobre Hakima con la palabra en la boca.

Entré en la casa y la miré de arriba abajo. Era muy grande. Por lo que decía mi abuela, debía de tener unos doscientos años. La puerta de la entrada era enorme y muy gruesa, pintada de color azul. Las paredes eran blancas. Había una cocina comunal en la que las mujeres de la casa cocinaban para todos los miembros de la familia. Nunca reñían sobre quién tenía que cocinar; lo hacía la primera que podía.

Junto a la cocina se hallaba el trastero de mi abuelo. Allí no nos dejaba entrar solos porque dentro guardaba las herramientas con las que trabajaba los campos.

—Son herramientas muy importantes, y algunas son peligrosas para los niños. Podríais haceros daño, por eso no quiero que entréis si yo no estoy —nos explicaba el abuelo en un tono muy serio.

La casa tenía un gran patio central descubierta. Había tres habitaciones alargadas y el espacio estaba muy bien aprovechado. Al fondo del dormitorio, el abuelo, con la ayuda de un chico del pueblo, había construido una pared de piedras y barro para hacer una separación. Solo dejó abierto un espacio del tamaño de una puerta para que pudiéramos entrar. Mi madre, con mucha imaginación, cogió retales viejos de telas de colores y los cosió para hacer una cortina muy divertida que daba un toque de gracia a aquella pared, torcida a pesar de las buenas intenciones con las que estaba hecha. Ese era el espacio reservado para la higiene personal. Mi querido abuelo tuvo el detalle de hacer un pequeño estante con el mismo barro de la pared,

para dejar encima una lámpara de aceite y poder vernos cuando nos lavábamos. También hizo una salida para el agua sucia. Las otras necesidades las hacíamos fuera de la casa, en un cuartito construido expresamente para ello.

En invierno, mi madre calentaba el agua en un recipiente muy grande. Lo llenaba mucho porque así tenía suficiente para los cinco hermanos. A veces la calentaba hasta que hervía, luego la mezclaba con agua fría y así conseguía mucha agua tibia. Si no hacíamos que se enfadara mucho, nos dejaba jugar con el agua que sobraba. En verano no hacía falta calentar el agua. ¡Ya hacía suficiente calor!

En el otro extremo del dormitorio había un armario muy viejo. Mi padre se lo había regalado a mi madre cuando se casaron. Siempre que alguien le regalaba algo bonito, como un jarroncito, una flor o una foto de papá, mi madre, toda orgullosa, lo ponía encima del armario, que parecía cansado y dispuesto a desmontarse en cualquier momento. El otro objeto de valor era la cama. Era de hierro, sencilla pero fuerte, muy fuerte. A veces me tumbaba boca arriba y contemplaba el techo que nos

protegía. Era un techo de lo más original: a modo de vigas, unos señores habían puesto de punta a punta unos troncos muy gordos, redondos y sobre todo muy iguales. Entre uno y otro había una separación de un palmo. En los espacios vacíos habíamos pegado barro mezclado con paja para que no se filtrase el agua cuando llovía, aunque eso pasaba muy pocas veces al año.

A mi madre no le gustaban mucho esos troncos, así que cogió pintura que le había sobrado de otras cosas y los pintó de colores: rojo, verde, azul y amarillo. Luego, volvía a empezar con el rojo. Mirar el techo era una auténtica aventura.

Ahora yo lo estaba mirando: rojo, verde, azul... Lo miraba todo una y otra vez y me grababa en la memoria todas las imágenes que podía.

Mis hermanos también tenían que despedirse de todo y de todos, igual que yo, aunque cada uno lo hacía a su manera.

Todo el mundo venía a decir el último adiós.

La vecina de al lado, la *lala*\* Mimount, y la vecina del otro lado, que también se llamaba *lala* Mimount, pero era más conocida por la señora de

Bouzian, llegaron muy cansadas. Dijeron que venían del pozo, de buscar agua, y traían las burras cargadas de botellas de cinco litros. Eran botellas de aceite que lavaban con lejía y así las podían utilizar para otras cosas.

Cuando las vi acercarse a las dos muy decididas, corrí a buscar a mi madre.

—¡Iema\*! ¡Iema! —grité.

No me costó encontrarla. Estaba haciendo el pan. Me oyó en seguida. Se volvió de golpe, como si se hubiera sobresaltado. Debía de estar muy concentrada.

«Pobre mamá —pensé—, siempre está preocupada por algo. Sufre por todo y por todos.»

La vi muy triste. Cuando le dije que habían llegado otras dos señoras, no me contestó, y yo me fui sin decirle quiénes eran.

Jamila y Dunia, la hermana de Hakima, me esperaban para ir a jugar al huerto. Les expliqué que me marchaba y que no podía jugar con ellas.

—¿No te puedes quedar un día más? —me preguntó mi prima Jamila.

Me despedí con mucha frialdad; era mi arma secreta para no ponerme a llorar delante de ellas.

Estábamos preparados para subir al coche. Cuando llegó la hora de despedirme de mi abuela y mi abuelo, sentí como si me ardiera el corazón. Ellos debían de sentir algo parecido. Nos abrazamos de uno en uno y después todos a la vez. Mi hermana mayor, Hayat, lloraba como una Magdalena, aunque ella siempre había sido una llorona. Yo me aguantaba, no quería que nadie de la familia se diera cuenta de mi debilidad. Tenía miedo de no volver a verlos nunca más. Me asustaba pensar que no volvería a ir los viernes a la mezquita con mi abuela ni oiría la voz de mi abuelo llamándome desde el otro edificio con una bolsa de caramelos en el bolsillo.

—¡Eh, *Laila!* —me llamaba siempre, pronunciando mucho la «i».

Saqué fuerzas de donde pude y subí al coche de mi tío Said, que nos iba a llevar hasta el aeropuerto.

Él continuaría el viaje hasta los Países Bajos, donde vivía desde hacía años.

No me atrevía a mirar atrás. Sabía que aquello me causaría más dolor. Simplemente me dedicaba a contemplar los paisajes secos que recorríamos y a escuchar el llanto desesperado de mi madre... ¡Qué recuerdos tan melancólicos! No pude evitar apartar la mirada.

A unos dos kilómetros del pueblo, nos encontramos a Benaissa, a Alí, a Driss y a todo el grupo de amigos de mi hermano Nourdine.

Él parecía flotar por los aires; ya hacía rato que su cabeza había dejado el pueblo.

Poco a poco, la imagen de aquellos niños se fue haciendo más y más pequeña ante mis ojos.

«Seguramente la *lala* Mimount está vaciando las garrafas de agua de cinco litros en esa especie de enorme jarro de cerámica para que se mantenga fresca. Los abuelos habrán parado de llorar y todo volverá a la normalidad», pensaba para mis adentros.

No me había despedido de mi tía Habbiba, que vivía en Nador, a unos quince kilómetros del pueblo; ni de mi tía Luisa; ni de Fadira... ¡Quizá fuera mejor así!



El pueblo de los Karrouch, mi pueblo, ya quedaba muy atrás. Yo vivía unos momentos confusos. La mente se me había quedado en blanco. Notaba que se me dilataban las pupilas poco a poco. Cada kilómetro que recorríamos, de Nador a Melilla, era para mí una fase nueva y desconocida.

El avión había llegado. Era enorme, como un pájaro gigante. Yo no daba abasto a contemplarlo todo. Marruecos ya quedaba muchos kilómetros atrás. «Este es el avión que me lleva al país de la gloria —pensé—. ¡Qué envidia deben de tenerme las niñas del pueblo!» En esos momentos no añoraba a nadie, la verdad, excepto a la abuela y al abuelo. Cuando pensaba en ellos se me hacía un nudo en la garganta que no me dejaba ni tragar saliva.

Estábamos en el avión. Había perdido de vista el equipaje y empezaba a inquietarme, pero no me atrevía a preguntar a nadie por él. Una señorita muy elegante se acercó a mi padre y empezó a hablarle. Seguramente lo hizo en castellano. Luego, mi padre nos tradujo lo que había dicho: le había

preguntado qué queríamos para comer. Él le había contestado que cualquier cosa mientras no fuese cerdo, porque la religión musulmana nos lo prohíbe. Entonces entendí la cara de extrañeza que había puesto la chica. No recuerdo cómo era físicamente, pero me fijé, eso sí, en que no llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo como las mujeres de Marruecos.

Mi hermana pequeña, Karima, no se separaba de mi madre. Seguramente estaba asustada. Yo me preguntaba si el enorme pájaro podía aguantar tanto peso: toda aquella gente y las maletas... Y eso que parecía que nadie llevara equipaje.

Miré a mi padre de reojo. Parecía contento y preocupado al mismo tiempo. La expresión de su rostro lo reflejaba todo.

Mi madre parecía agotada, ¡había llorado tanto! Karima y Rashida jugaban tímidamente. ¡Pobres, eran tan pequeñas! Karima tenía dos años y Rashida cuatro, pero eran como gemelas. Y mientras, yo seguía haciéndome la misma pregunta: ¿cómo es que no llevamos nuestro equipaje?